

das y tremantes de la leña humosa, el primer ajeteo de la gente campesina, y luego, el presuroso chapalear de los remos de piraguas trajineras que bien de mañana inician su tráfago; y el ruido del agua al zambucarse los peces que salen á la superficie, encandilados por el brillo engañoso de las orillas y atraídos por la plácida soledad de la madrugada; todo formaba un misterioso y dulce concierto de la naturaleza que se despierta y de la noche que se rebuja describiendo su manto negro tachonado de estrellas. . . .

—¿En cuánto tiempo llegaremos á Alvarado?—preguntó Sanchete que reventaba de ganas de hablar.

—¡En doj horas y media!—contestó el timonel.

Y siguió el Licenciado con su afluente parla hablando de la bondad del tiempo, del cambio de las estaciones, de Copérnico, de Kepler, de los signos del zodiaco, de los eclipses, de los anillos de

Saturno, y acabó con un ampuloso panegírico de Flammarion, en todo sin dejar hacer baza, por lo cual el timonel no contestaba más que con monosílabos, lacónismo que desagradó al Licenciado; pues en su empeño de sostener larga y abundante conversación, quería que su interlocutor le contrariara en sus complicadas teorías científicas y le fuera á la mano por sus exagerados elogios de astrólogos, astrónomos y sabios, cosa difícil de obtener, por la ignorancia de timoneles de la talla del de «El Tenoya,» que mucho si saben dónde queda «la osa mayor» y la constelación de la «Cruz de Mayo,» mezquindad de conocimientos, que en nada perjudicaba la buena marcha del vapor y la seguridad de los pasajeros que hacían viaje en él.

Sanchete, viendo que con el zarramplín del timonel no podía sostener una nutrida conversación, se disgustó del caso; le dió las espaldas y se puso á andar de popa á proa, metiéndose entre los

grupos de acatarrados que ya se habían desembozado, estornudando y tosiendo á causa de la humedad del río.

«Pajarito» cabeceaba un sueño sobre la banda, apoyado en un brazo que le servía de almohada.

El Licenciado se hizo dueño de la cubierta, la cual resultaba estrecha para contener la inquietud de su personilla empingorotada; paseaba de arriba para abajo, de babor á estribor, clavando la mirada por todas partes y metiendo el olfato (ya no se acordaba del desayuno y el estómago le tiraba de hambre) por entre los tenates que con longaniza, con tamales, con nanchés y con chicharrones, invadían la embarcación, se escondían debajo de las banquetas, ocupaban los asientos y no dejaban espacio amplio para los inquietos paseos de Sanchete; por tanto ir y venir, se dió de tetuz con un racimo de plátanos que estaba pendiente de la toldilla, golpe que le puso en riesgo de romperle los cristales de

los lentes; comenzó por maldecir del racimo y de su dueño, y acabó por tomar dos ó tres plátanos en sazón que se los escurrió muy golosamente por el gazonate.

Ya el sol doraba la oleosa superficie de las aguas; prendía hacecillos luminosos que rehilaban en las frondas; irisaba las gotas de rocío, temblonas en las puntas móviles de los zacatales, y en visos, y en reverberaciones, y en cabrilleos, y en mutabilidades, se espejeaban los campestres paisajes de las orillas.

Y al salir de un recodo umbroso y ceñido, la laguna de Tequiapa extendía el límpido cristal de sus tranquilas aguas, sobre las cuales los rayos del sol, cubierto de neblinas, quebraban su lumbré en confulgencias pasmosas que se apagaban, al paso rápido de alguna ligera nube, para encenderse luego en más ardientes y dilatados reflejos.

Allá, en el fondo de la laguna, el «San Martín» recortaba, altanero, la silueta

cónica de su cima teñida de un intenso color índigo, más visible por el azul cobalto del cielo; y las brumas encendidas del horizonte prendían cendales matizados a los pies distantes de la lejana sierra.

Siguiendo el curso del río los médanos de «Conejo» se suceden en un amontonamiento de inmensos lomos que se encorvan hasta sumergirse en el agua agitada de la corriente; aquí y allí, casas minúsculas, de palmas secas por techo, entre cuyas techumbres se ve una que otra de roja teja; greñas de monte que se destacan sonrientes sobre el sepiá, cuando obscuro, cuando rubio, de los arenales; á medida que el «Tenoya» avanza, las lomas se hacen más empinadas, el altozano más fresco, las casas más espaciadas, las palmeras más erguidas y más frondosas los chopos y sauces de las riberas.

A la vera del inclinado médano, cortado á tajo por los porteadores de arena, se ve el resbalar uniforme y despaciosos

de los granos que buscan eternamente su nivel como aplanados por invisible rasero.

Aquí, al pie del ribazo, casa alegre, de blancas paredes, rojo techo y dilatado corral, resguardada de la furia de los vientos por el parapeto del cerro; allí prosperan árboles con las ramas enhiestas, victoriosas, que asoman su tupida copa por la cima del médano para otear las aguas revueltas que carcomen el barranco; en seguida, otro médano inmenso, en el que arraiga tal cual cocuite y uno que otro guayabo, en equilibrios acrobáticos de muy subida audacia; dentro, ondulación de senos arenosos, cubiertos de plantas agrestes, feraces y monótonas, y encima de la fúnebre tristeza del paisaje, en giros fantásticos, las aves de rapiña husmean los despojos de las reses muertas.

Un largo y risueño trecho de playa y después el médano otra vez humedeciendo, insaciable, la falda en las aguas del

acantilado; el corte de la última paleta da está vivo, cual herida honda en la masa de la arena. . . .

Una vuelta, un recodo, la playa, y por término, un corral desierto con los peroles refulgentes en las estacas, como cascós triunfantes sobre las puntas de las lanzas, irradian resplandores diamantinos al toque del rayo de sol que los hierre; un espacio llano, de subido verde tierno, ceñido por un platanar ruidoso que se abriga con el cerro que le presta sombra; casas pequeñas y alegres mirándose en el espejo de las aguas; muchachas de delantales rojos y saludos al haraquientos; perros que ladrán; remos que bogan; hoyas, borbollones y remolinos que arrancan los troncos arrojados á las orillas; el ganado soñoliento, perezofo, con ojos fijos y tiernos, está reposando en un escampado bajo los sombreros, con actitud emblemática de esfingorumia silencioso, sin importarle el ruido del vapor que pasó bufando, ni el rom-

per de las olas que llegan á la orilla enrollándose en menudas espumas; los becerrillos triscan y berrean al pie de sus madres, ó dan duros y repetidos chupetones á las tetas exhaustas después de la ordeña; en el médano discurren también las vacas, ascendiendo tardías por la empinada loma para ir á ramonear en los árboles de gachas hojas que se mojan, sedientas, en el agua del río. . . .

Acá, otro pedazo de playa interrumpe la sucesión tenaz de los médanos, y allá bajan del monte las vacadas á abreviar en la agua quieta del remanso, que se forma por una dilatada curva de la ribera; acaba la playa y comienza la orilla cubierta de viejos y copudos apompos, con las duras raíces á flor de agua; petrificadas por el constante vaivén de la marejada parecen garras rampantes de fabulosos grifos, que mucho si apenas han quedado en el ancho campo de escudos heráldicos como signos de la vanidad humana. . . .

A poco andar vuelve el cerco obstinado de arena, con zurcos hondos como rasguños cicatrizados y con raíces retorcidas como venas henchidas, á lavar el agua que le estampa un filete húmedo, negro y brillante, cual orla de aquella blanda y extendida falda, en la que se ven agujeros profundos por donde penetran los cangrejos de coraza acorada con reflejos violáceos; la vegetación selvática, á despecho de la aridez del paraje, espiga en zacatales ahilados, anémicos, con puntas descoloridas y haces greñudos en todo el curso de la orilla.

Cesa un punto la cordillera de médanos ribereños; las cejas de monte, disminuido y obscuro, pueblan la ribera; las mariposas blancas y amarillentas lo quean en las ramas tupidas; la calandria canta en su nido; el cardenal gorjea en la enramada; la garza blanca de zancas rosáceas, pesca al pie del barranco; una embarcación amarrada á la dura raíz de

un apompo, se mece blandamente sobre la ondulación de la ola que llega presurosa por el bullir de la hélice; dentro de la embarcación está una morena de brazos desnudos, brazos tostados por el inelmente sol y las brisas salobres del mar; se inclina sobre la banda y lava la ropa de su prole en la movida agua; á distancia se escucha el golpear de los remos de piragua que viene á cavar en el médaño y á tomar arena; más cerca una vela cuadrada débilmente infla su trapo, contrastando risiblemente el caminar despacioso de su marcha con el andar acelerado del «Tenoya» que va dejando vedijas de negro humo en las hojas de las ramas desparramadas por la margen derecha.

A trechos aparece vegetación lujuriante que se va en mangos, palmeras y cocuites; dentro del agua las artesas con techos de palmas destejidas esperan la época de moler la yuca y cerner el almidón, rica industria para los habitantes de aquellos lugares.

El bejuco del rosario, extiende pomposamente su manto verde adornado de rojas guirnaldas; zapotes de hojas negras; anonas de esmeráldica verdura; naranjos de perfumados azahares; la orilla enmarañada de carrizales susurrantes y de espadañales puntiagudos; rastros de hierbajos; secos, oscuros, revueltos, y entre ellos, para dar muestra de destrucción y ruina, un amate esquelético, cenizo, con las ramas escuetas y la copa desnuda, levanta su aspecto funerario, en los claros del monte, por donde el viento corre á su antojo, los árboles se retuercen en una monstruosa gestualidad de trágica angustia, como si hubieran sido animados y se quedaran sin vida en el momento mismo que agitaron las ramas á un lado y á otro, como el hombre agita los brazos en una horrible pesadilla; no es la actitud reflexiva de los árboles que arraigan en los médanos, inclinándose curiosos á escurrir en las bruñidas aguas; ni la de

los cocuites escondiéndose á la vera de los altozanos para huir de la persecución de los vientos y calentarse á los rayos solares; ni la galanura airosa de las palmeras agrupadas en tropel para contemplarse, coquetas, en el cristal del Papaloapan; ni la de toda aquella vegetación greñuda y estéril trepando por el declive de los arenales para darle sombra á las vacas, ó desplegarse en ramazones macizas y torcidas sobre la cima de los barrancos y beber agua del río, ó sucederse en serenidad gravadosa de desfiles alineados sobre las cumbres y las hondonadas; no; es la danza macabra del bosque, de troncos mutilados por el hacha taladora; de miembros dispersos, encorvados, disformes por el empuje violento y sañudo de los vientos; de árboles indefensos que el arranque huracanado del Norte bate en toda su pujanza y que el sol y la lluvia momificaron en el instante que levantaron sus brazos airados por una blasfemia diabó-

lica para retorcerlos, impotentes, en la cruel desesperación que mueve el impulso loco de un esfuerzo supremo. . . Y para apartar la imaginación de estas formas del dolor y de la muerte, dos palmeras, rectas, arrogantes, dan al viento, en el fondo del desolado paisaje, las crenchas rizadas de sus ricas y empenachadas cabezas.

Y á la soledad de la arena sigue el bullicio de la ladrillera, que está allí con su techo aplanado de cenizo zinc, las tres bocas de sus hornos echando lenguas de fuego y columnas de humo, y se ve el ir y venir de trabajadores, y se escucha el rumiar de sus canciones vulgares, y el crepitar de la leña que se consume en llamas fulgurantes.

Las palmas redondas dan indicios de que se acaba el médano y el ribazo, y se entra á plena ribera; los ranchos comienzan á menudear en el bosque y en las llanuras; hasta el «Tenoya» llegan ranchas salobres del mar cercano; Alvarado

se hace sentir con su hálito marino; en una casuca están tendidas unas redes para avisar á la vista curiosa que en la noche anterior sus habitantes salieron de pesca. . .

Dos paletadas bruseas del «Tenoya» y se llega al puerto.

Se sale de las angostas márgenes del cauce en que corre el río al flanco de «Conejo» para entrar en aguas más dilatadas y tumultuosas, en las cuales se confunden por estrecho abrazo el caudal de la albufera de Alvarado y la desembocadura del Papaloapan, para formar la inmensa abra de inflexiones continuadas que imitan el oleaje del mar; los dombos areniscos de los médanos costaneros quedan atrás, azulosos por la distancia; la punta del negro monte de la orilla contraria á «Conejo» que se alargó en una muralla de sostenido follaje, forma un ángulo á la izquierda, hundiendo uno de sus lados en prolongación que ciñe la ribera de la laguna has-

mar, de espumosos cabrilleos, cual plumas immaculadas que han quedado dispersas sobre la movible ondulación de un manto inmenso y azul, azul é inmenso como la curva del cielo que lo entolda y que resplandeciente refleja; es el Golfo, el Golfo imponente y terrible en sus furias, que nos atrae por extrañas nostalgias de cosas lejanas, misteriosas, que tienen signos de muerte y llevan presagios de destrucción, como si asomáramos nuestra vista á las fauces abiertas de un monstruo que bosteza de hambre y que después duerme silbando y rugiendo, arrullado por la canción marina de las ondas debajo de la inconmensurable curvatura de los cielos coronados de nubes nacaradas y pasajeras.

Y al frente, Alvarado, apiñando su caserío, que parece bajar del médano á retratar en las aguas el colorido alegre de sus muros; las casas se agrupan en desordenado conjunto polieromo, y sobre el plano de sus fachadas, se elevan las to-

res del reloj y de la iglesia; aquella esbelta y erguida, afinada como minarete y elevada como faro; la otra, achaparrada y severa, con su cúpula de brillantes azulejos y sus campanas calladas; y en el fondo, la comba del médano, que hace adusto y monótono el horizonte, amenaza invadir con derrames arenosos á la sonriente ciudad, que la brisa del mar acaricia con sus tiernos halagos, el viento del norte fustiga con sus rachas indomables y el vaivén de las mareas arrulla con su canto rítmico y blando de sirena encantada.

Y el «Tenoya» al pasar que se acerca al puerto, siente el viento más franco, el aire más salobre y el ambiente más fresco; la playa se dilata, al pie de la población, caldeada y brillante; restos de barcos se encallan en los bajos; botes ladeados, careomidos de las bandas, se ven varados en la orilla; anclas inservibles, hincan su uña ruginosa en la arena y elevan al cielo su brazo impotente; mas-

teleros, gavias, jarcias y lonas y filásticas por todas partes; olor á brea y á marisco; restos de buques que destruyó la tormenta; una farola rústica avanza sobre la falda del médano para dar esperanza vana á los indefensos náufragos, las aves acuáticas revolotean sobre el oleaje, y allá, para cerrar la dilatación sucesiva de las dunas, un promontorio se precipita al Golfo, en elevada cresta, para simular el pie desnudo de un titán que dormitara debajo de las sábanas de calcinada arena, castigado por los dioses como Prometeo, y como Prometeo rebelde y blasfemo, escupiera de rabia cuando las mil trombas de la tempestad desatan sus gritos horrendos revolviendo el mar y obscureciendo el cielo.



XXVI

SÁTRAPA no las tenía todas consigo, á pesar de su entereza de ánimo para ver de cerca los acontecimientos más precipitados.

Había conjurado todos los peligros que se le vinieron encima; había salvado todos los obstáculos que se levantaban en su camino y había hecho recta y dócil la línea que, antes tortuosa y rebelde, se ceñía en el horizonte de su porvenir, como una inaccesible cordillera que obstruyese el paso firme y seguro, y vedara á la vista el puerto tantas veces ansiado y tantas otras fallido.

Por hábiles gestiones, y eficacia y celo, muy de su carácter reflexivo, llegó á constituirse en gerente de la casa comercial, más poderosa de la villa; des-